

LA NUEVA OLA ROMPE EN MADRID

EDUARDO HARO IBARS

El día 23, a las ocho de la tarde, las proximidades del teatro Barceló estaban atestadas de gente, en su mayoría jóvenes y de aspecto no convencional. Curiosamente, no había Policía —luego se vieron algunos grises en el interior del recinto, pero nada de antidisturbios—, y, por lo tanto, el ambiente no estaba muy tenso ni se rompía el llamado orden público, a pesar de que la mayor parte de los que allí estaban no tenían entradas, de que serían unos tres mil pretendiendo entrar en un teatro donde caben mil escasamente, y de que la mayoría de ellos tenían ese aspecto agresivo y duro de los punkitos madrileños, con sus cueros, sus cadenas y sus imperdibles. Iban a ver la presentación de Siouxsie and the Banshees, un grupo no muy conocido en este país —sólo han editado aquí un single, donde está su canción "Hong-Kong Gardens"—, pero ya polémico. Se les ha acusado de fascistas y antijudíos, y también de no saber tocar ni cantar. Pero están rodeados de una cierta leyenda: estos pos-punks han tocado con gente como Sid Vicious, el famoso pasado que murió hace poco en Nueva York, de sobredosis de caballo, tras haber sido acusado de asesinar a su novia a cuchilladas, y que se ha convertido en la última leyenda del pop. Y las canciones que aquí conocíamos de ellos eran buenas. Antes de ellos iban a actuar, haciendo su presentación oficial, Nacha Pop, un grupo que tiene muy buena fama y que representa una de las nuevas tendencias del rock madrileño.

La expectación era enorme, desde el punto de vista del público, aunque no tanto

desde el de la prensa. Faltaban muchos de los miembros de la "aristocracia" del pop, periodistas y comentaristas musicales. Seguramente estarían preparando la rara fiesta que conmemoraba el quinto aniversario de Radio España —Onda Dos, lo más moderno en efeemes— y que se iba a celebrar en El Pentagrama. Había, eso sí, profesionales del espectáculo, organizadores de conciertos horrorizados, temiendo una ola de violencia —ellos siempre temen, temen por sus bolsillos—, y represen-

tantes de distintas casas discográficas, todos reunidos en el bar.

La gente que estaba fuera quería, cumpliendo con su papel, entrar. Los organizadores habían puesto barricadas ante las puertas laterales y las salidas de incendios, cumpliendo así con su doloroso papel también, de represores. Y, a pesar de todo, hubo gente que consiguió colarse, de la manera más insólita y espectacular: entrando por una de las ventanas del edificio, que había quedado abierta, y

que está situada más o menos a la altura de un tercer piso. Todavía no entiendo cómo lo hicieron, sin llevar un traje de Spiderman ni tener ventosas en la mano. No es fácil escalar una pared vertical, sin demasiados salientes, y hay que tener un deseo loco de ver algo para elegir ese camino tan duro. Le pregunté a uno de los que penetraban así al teatro cómo lo había hecho. No me contestó directamente, sino que me sonrió como si realizase a diario ese tipo de proezas, y me pidió un ciga-



Los Siouxsie and the Banshees, un grupo no muy conocido en este país y, sin embargo, polémico.

ro; se lo di encantado, como premio al esfuerzo. Uno de los responsables del teatro se mesaba la barba y decía: "Chanchas de hormigón, eso es lo que vamos a tener que construir para esta gente". Estaba preocupado el hombre, y con cierta razón. En este momento, organizar un concierto de rock en Madrid es muy difícil: los empresarios de los teatros temen que se lo rompan todo, y, en este caso, el teatro Monumental se había negado a dejar que Siouxi actuase allí, movidos precisamente por ese temor. En lugares de alta seguridad, como el Pabellón de Deportes del Real Madrid —un verdadero campo de concentración—, el peligro es otro: la Policía, que carga contra quienes están en la cola de igual modo que cargaban contra los manifestantes en los tiempos de Franco. En el último concierto de Zappa dejaron tuerto a un chico e hirieron, con sus pelotitas de goma, a varias personas; se ponen nerviosos ante los asistentes a un concierto de rock y, sin embargo, nunca he escuchado que hicieran bajas entre aquellos que van al teatro Real. Entre unas cosas y otras, escuchar buen rock en Madrid se está poniendo difícil.

Por fin, y no muy pasada la hora oficial, comenzó el concierto en sí. El teatro estaba casi lleno, pero había aún localidades vacías, sobre todo en la parte de arriba, que es la que yo escogí para sentarme. Nacha Pop es un buen grupo de jovencitos, que lo han asimilado todo de los Rolling Stones, y que no lo han asimilado mal. Tienen poco que ver con los demás grupos de rock madrileños, y son tal vez mejores técnicos, pero menos atractivos en general. Parecen no haber comprendido que el rock no es sólo música, sino imagen; carecen de imagen. Sin embargo, y a pesar del mal sonido que tenían, gustaron. Gustaron y repitieron. Curiosamente, el público siempre pide que los grupos repitan, aunque no les haya gustado demasiado lo que hacen.

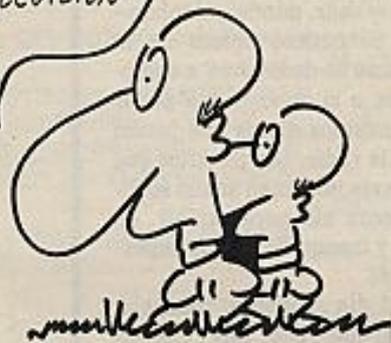
Y luego, Siouxi and the Banshees. Fue interesantísimo, teniendo en cuenta que era la primera vez que veíamos en Madrid uno de los grupos que conforman el movimiento que se ha dado en llamar "nueva ola". Aquí se pagan sumas astronómicas para traer grupos o personas que ya pertenecen al pasado, pero que están rodeados de un glorioso carisma, y, sin embargo, nadie se arriesga con los grupos nuevos. Siouxi and the Banshees no son un grupo genial, pero están muy por encima de lo que acostumbramos a ver. O, por lo menos, son otra cosa. La llamada Siouxi es un ejemplo de energía viviente: salta, se agita y corre por el escenario, aparentemente enloquecida, mientras un roadie servicial está pendiente de ella, para que no se enrede con el cable del micrófono. El grupo suena bien, con una cierta suculencia pospunk que añade agresividad a lo que hacen. Se notan, claro, influencias. Influencias gloriosas, como la de Patti Smith, modelo de las chicas punkeras y pospunkeras; o, incluso, la de Johnny Rotten y Sex Pistols, en esa manera de enfrentarse al público, con ingenua agresividad, con fuerza.

Al respetable —cada vez menos respetable— público no acabó de gustarle el asunto. No sé qué esperaban, pero, desde luego, esperaban otra cosa: tal vez a Montserrat Caballé acompañada por el celestial Mike Oldfield. Y es que eso de la nueva ola no ha acabado de cuajar entre nosotros. Los punks y sus hijos son una minoría, una especie de élite cultural; pero la gran mayoría se sigue entusiasmando por lo sinfónico/paliza estilo Camel, o se deja engatusar por el nombre glorioso de Eric Clapton. No están, por lo visto, muy en la onda de lo nuevo. La nueva ola no es tan nueva aquí, o no ha llegado todavía.

Siouxi tenía prevista una rueda de prensa más tarde, al finalizar el concierto, en la cercana Cometa. Pero decidieron interrumpirla, los res-

RAMON

EL DÍA DEL
LIBRO ESTÁ BIEN
LO MALO SON LOS
OTROS 364 DÍAS
VIENDO LA TELEVISIÓN



ESPECTACULAR
ÉXITO DE U.C.D.
EL GOBIERNO
CUMPLE YA
VENTICINCO
DÍAS



ponsables —miembros de su casa de discos, Polydor— dicen que por miedo al follón que se podía organizar; yo creo que fue más bien por la casi absoluta ausencia de la prensa. Tampoco fueron a la fiesta de Pentagrana, que era como el Metro. Una sala atestada de gente en continuo entrar y salir, donde —al fondo— los simpáticos chicos de la efeeme se dedicaban a endiosarse a sí mismos y a poner los mismos discos que ponen por la radio. Los punkitos que todavía no tenían sueño se dirigieron allí para exhibir, en paz y tranquilidad, sus imperdibles.

Al día siguiente, comí con el grupo. Fue una comida convencional, en un restaurante también convencional y algo navarro. Los miembros de ese conjunto aparentemente agresivo, duro, chillón, y con apariencia de seres malvadísimos de los bajos fondos, son personas sencillas y agradablemente normales. Se negaron en rotundo a hablar de política, limitándose a afirmar que nunca habían sido fascistas, ni mucho menos conservadores. En realidad, daban más bien la impresión de ser un grupo de jóvenes conservadores, más interesados en la comida que en cualquier otra cosa. En un momento dado, interrumpí una conversación de su director artístico con otro miembro del grupo: hablaban de Chesterton. Me imagino el horror de ese gran escritor católico si llegase a saber que era objeto de interés por parte de una gente que, en escena, tienen pinta de servidores de Satán. Pero no relataré la entrevista, pues tuvo realmente muy poco interés, y sólo sirvió para demostrar que estos grupos de rock no son unos comenidos, ni una amenaza pública para el mundo. Ni tampoco pasotas, ni drogadictos —apenas bebieron vino siquiera—, ni monstruos. Son, sencillamente, unos profesionales de la música, que lo hacen lo mejor que pueden. ■

• Corresponde a todos los artículos publicados durante 1978, que aparecen citados en tres clasificaciones:

**TEMAS
PERSONAJES
AUTORES**

• 56 páginas en el formato habitual de 19 x 27 cm.

— Puede utilizar este mismo boletín para pedir índices de años anteriores. Los de años no citados se encuentran agotados.

20 POR 100 DESCUENTO A LOS SUSCRIPTORES

BOLETIN DE PEDIDO

- Remítanme los INDICES de TRIUNFO de los años que indico:

<input type="checkbox"/> 1 ejemplar de 1978	<input type="checkbox"/> 1 ejemplar de 1974
<input type="checkbox"/> 1 ejemplar de 1977	<input type="checkbox"/> 1 ejemplar de 1973
<input type="checkbox"/> 1 ejemplar de 1976	<input type="checkbox"/> 1 ejemplar de 1972
 - El precio de cada ejemplar es de 125 pesetas (para los suscriptores, el precio es de 100 pesetas).
 - Para el pago del pedido de pesetas, elijo la siguiente modalidad:
 - Adjunto talón bancario a favor de TRIUNFO.
 - Adjunto sellos de Correos.
 - Nombre y apellidos
 - Domicilio
 - Población D. postal
 - Provincia
 - Mi número de suscriptor es
- (Enviar este boletín a TRIUNFO. Plaza Conde Valle de Suchil, 20, Madrid-15.)